

tare et imitari mundum, contemplar el orden del mundo é imitarlo: hermoso pensamiento bajo una forma hermosa. ¿Pero, cómo se podría *ver* de no tenerse esta facultad de admirar qué conduce á ver y cómo se imitaría lo que no se conoce? Para apreciar haciendo justicia, dos cosas son necesarias; una mirada lúcida, una pasión noble. Pero la costumbre de menospreciar, de rebajar hombres y cosas, ciega la mirada y extingue la admiración.

IX

En materia de moral, hay principios de admiración y principios reguladores. El amor y el respeto, de los cuales acabamos de hablar, son los primeros. Entre los segundos figura la *moderación*, virtud de la que generalmente no tienen idea los jóvenes y á quienes con facilidad se les perdona esta ignorancia. Y, no obstante, no deja de ser menos esencial. Si no la aprenden á manera de *profilaxia*, como dicen los médicos, es decir, por precaución y antes de llegar el peligro, deberán aprenderla en plazo breve por la propia experiencia del mal. Guárdaos de la demasia: he aquí un consejo no bien seguido y muy molesto en la edad que la sangre arde en las venas; en esta edad precisamente, en que la pasión ardorosa, se echaría á galope sobre un bosque de lanzas en ristre, es cuando no se sabe apreciar esta prudencia, para el éxito de una campaña tan necesaria como el valor. Los más profundos, los más sagaces talentos de la antigüedad, y entre ellos, el que más sólidos conocimientos ha abarcado, Aristóteles, cuyo sólo nombre es, en toda clase de materias, garantía de la exactitud de un juicio, dan todos la misma regla como la mejor que ha de seguirse en el arte de vivir: *la virtud ó la sabiduría se encuentra siempre entre los extremos*.

Vosotros, cuantos os halláis en los comienzos de la vida, que por sobre todo ponéis vuestro amor á las frases bellas, á las pasiones poderosas, á la energía desenfrenada, á toda clase de demostraciones, exuberantes, tened por seguro lo que sigue: cuanto más crezcáis en virilidad verdadera, aumentarán la moderación real, y cada día aprenderéis á mejor conocer esta gran verdad, de que los hombres más fuertes no son los que se entregan á toda suerte de tempestades, sino quienes doman y mejor emplean su actividad.

El malestar que sigue á la orgía, viene á ser un signo vengativo de la naturaleza ultrajada, y toda intemperancia, los preliminares

de un suicio; corriente invisible que socava y derriba tarde ó temprano los cimientos del edificio. Así sucede con las orgías del trabajo. El estudio por mucho tiempo continuado, principalmente bajo la forma ingrata y estéril del estudio ininteligible y maquinal, debilita el cerebro, descompone el estómago y reduce toda la acción orgánica á una especie de lánguida fragilidad.

Mientras no sea demasiado tarde, escuchad el aviso: un método violento ha de conducir á violentos resultados; y tened presente que cuando un buque ha hecho agua, aunque recompuesto del modo mejor, no vale lo que un buque intacto. Bella cosa es la sabiduría, pero no resulta siempre beneficioso el ser sabio. *No seas sabio en exceso; ¿por qué quieres morir joven?* Acordaos del autor de estas palabras.

X

Sin duda, es Inglaterra la nación más rica del globo, y por eso el profundo y espiritual Sydney Smith ha podido decir con razón que «es el único país donde la pobreza debe considerarse un crimen.» También por ser de lo más importante, debe el joven inglés, al entrar en la batalla de la vida, grabar en su alma este fundamental principio de la filosofía moral: la verdadera dignidad de un hombre consiste en lo que *es*, no en lo que *posee*. No os dejéis infectar por este contagio moral que corrompe más ó menos la atmósfera de cualquiera sociedad comercial ó industrial; poned cuidado en considerar á los hombres no según sus apariencias, sino por su nobleza interior. El enano, situado en sitio elevado, al extender su mirada por encima de la multitud, débelo únicamente á la altura de que se aprovecha. Lo mismo pasa con el hombre rico que solamente es rico: logra en el mundo ventajas como la muy probable de verse elegido miembro del Parlamento; pero echadle abajo de su pedestal de ocasión, miradle frente á frente, y os encontraréis con un sér tan insignificante, que ni vale la pena de medirse con él. No deis nunca al olvido que pocas cosas hay tan despreciables en la vida social como un hombre infatuado con su riqueza. Dando tan elevado valor á lo que sólo puede figurar entre las vanidades, pierde el verdadero carácter de nuestra especie, pues trastoca el valor real del hombre. Ganad dinero, así lo deseo: ganadlo para pagar vuestras cuentas del sastre, y aun si es posible para regalar vuestra digestión con una botella del bueno de Burdeos ó del de Oporto; pero no pongáis